

de un estilo blando y dulce. Ahí está, verbigracia, Silvio Pellico. Ahí están... Tente, lengua, que iba á nombrar á contemporáneos, y nombrarles con tal motivo les sentaría como una ensalada de pepinos sin desangrar. Si es preciso dedicarse á definir en qué consiste la virilidad del estilo, yo diría que no es ni en las formas bruscas, rudas y ásperas, ni en la ordinareiz, ni en el desenfado, ni en la aprestada osadía de las expresiones, ni en la libertad ó licencia de las palabras. Suponiendo que el estilo haya de aspirar á revestirse de un carácter viril, necesidad que no me parece demostrada, su virilidad me figuro que debe de consistir en su buena cepa, en su limpieza y firmeza, en su energía para expresar lo que se propone, en su marcha desembarazada y ágil hacia el objeto, en su cordura y equilibrio gramatical, en su amplitud generosa. Con esto del escribir ocurre á veces el mismo equívoco que con el hablar. Los mozalbetes recién salidos del cascarón piensan que no son *hombres* si no enfilan una ristra de interjecciones y pecados, y no fuman una apetosa tagarnina. Se puede hablar decorosamente, escribir delicadamente, y ser tan varón como mi abuelo, que esté en gloria.

Volviendo á la ilustre señora—á quien dedicó la Reunión de artesanos de la Coruña una velada que yo llamaría brillante si no me hubiese visto en el caso de tomar parte en ella y de presidirla,—no prescindiré de la mención que merece, ya que por un momento es la actualidad, es vida contemporánea. Frecuentemente, con sobrado disgusto, me encuentro compelida á bosquejar aquí impresiones de horror, producto del creciente desate de la baja criminalidad, del incremento de ciertos actos feroces á los cuales el inocente público ha dado en aplicar el poético nombre de *crímenes pasionales*. La crónica se regocija de poder alguna vez agitar sus cascabeles de plata en honor del bien. Y doña Concepción Arenal no se limitó á practicar el bien; lo predicó toda su vida. Ya sé que invierto el orden retórico: suele decirse lo contrario, y conceder más alto valor á la práctica que á la predicación y propaganda; mas yo, teniendo por errónea esta manera de entender el asunto, la vuelvo del revés para que quede cada cosa en su lugar. En efecto, por mucho que estimemos las virtudes privadas, domésticas y silenciosas, no podremos negar lo reducido de su radio de acción. Tampoco habremos de desconocer que el número de personas que en privado practican el bien, es bastante mayor, al menos en España, que el de las que lo propagan con el libro y el artículo. Infinidad de señoras se dedican á la beneficencia; todos las conocemos, y las estimamos mucho particularmente, sin creer que sus virtudes irradian fuera de su casa y familia, si es que á tanto llegan, que miles de veces no llegan ni á tanto. El ejercicio de la beneficencia es, ¿quién lo discute?, una noble ocupación y un excelente ejemplo; pero circunscrito al estrecho límite de un hogar, ni aun es ejemplo, porque rara vez las familias se moldean en lo que ven hacer á uno de sus individuos, sobre todo si se trata de obras de caridad: á lo sumo, cuando las familias son buenas, perdonan la inofensiva manía. La beneficencia social empieza en el espíritu de asociación, y llega á su cima en el espíritu de propaganda y de difusión de un ideal. Nótese que no hablo de la caridad: la caridad es el bien en grado heroico, es el amor puro, es la abnegación absoluta.

Así, no vacilo en repetir que doña Concepción Arenal hizo bien principalmente porque escribió; y no fué culpa suya, de positivo, si no hizo infinitamente mayor bien, como lo hubiese hecho en Inglaterra, donde se la leería infinitamente más. Ella dijo de sus libros que eran impresos, pero no leídos, y así es lo cierto; pocos lectores—relativamente—obtuvieron sus obras, no ya las de carácter doctrinal, como los *Estudios penitenciarios* y el *Ensayo sobre el derecho de gentes*, sino también las de carácter activo, de moral práctica, por decirlo así, como el *Visitador del pobre* y el *Visitador del preso*. La primera, no obstante, en opinión de algunos su mejor libro, y que ha conseguido numerosas ediciones y traducciones, ha hecho bien á proporción de lo que se ha leído: es la regla infalible para esta clase de libros, y la piedra de toque de su bondad: son buenos cuando son útiles, y son útiles cuando se difunden y propagan. Los escritos de Isabel Barret Brownie, en Inglaterra, se midieron por esta medida; pero allí, cuando una obra acierta á herir las cuerdas del sentido moral y del espíritu activo de la raza, se despacha por millones de ejemplares, y determina hondos movimientos de opinión y fertiliza cosechas de hechos. Aquí, la gente sabe «distinguir.» «Esas cosas están perfectamente en los libros,» exclaman los prudentes meneando la cabeza. Y los indiferentes, encogiéndose de hombros, sonríen.

¿Cuál fué, exactamente, la propaganda de doña Concepción? En lo esencial, nada tuvo de innovado. ni mucho menos de revolucionaria: la ilustre escritora aceptó la sociedad tal cual la encontraba, en sus fundamentos y estructura: únicamente indicó la manera de que, sobre esa misma base y sirviéndose de esos mismos elementos ya existentes, se realizase el progreso moral, no tanto en la legislación como en la costumbre, en los procedimientos, mediante reformas de las que no traen perturbación ni repugnan al sentido general. Como una buena ama de casa, que entra en el domicilio, corrige los abusos, hace limpiar y barrer, establece la armonía, la paz y el orden, doña Concepción entra en la sociedad de su tiempo y señala los mil conceptos en que cabe, sin trastornarla, mejorarla, corregirla é introducir en ella mayor suma de espíritu cristiano y humanitario. Claro es que hablo del conjunto de la obra de doña Concepción, la cual es vasta y podrá encerrar pasajes aislados que contradigan mi aserto; pero en su totalidad no es sino lo que acabo de decir, y por lo mismo debiera haber sido mayor su dinamismo y eficacia, si aquí importasen las cuestiones sociales, que no importan.

En gran parte, la propaganda de doña Concepción Arenal se dirigió á obtener que en cárceles y presidios se tratase á presos y penados con dulzura y no con dureza. Opinaba doña Concepción que este buen trato á los delincuentes presuntos ó reconocidos, además de ser un deber moral, de cristiandad, es conveniente al mejoramiento de los presos, y conducente á su posible corrección. En lo cual la ilustre señora seguía las corrientes contemporáneas—al menos en lo primero, no sé si tanto en lo segundo,—y sustentaba un criterio á mi ver indiscutible: que la pena no puede ir más allá de la pena, ni extenderse á malos tratos, crueldades, penalidades y privaciones que no están en ella comprendidos. Si yo me atreviese á emitir una opinión propia en estas materias, que no forman parte de mis habituales lecturas, diría que la cárcel y el presidio, y el presidio sobre todo, no deben ser lugares de recreo, esparcimiento y descanso; pero que tampoco deben ser, en manera alguna, cloacas y pudrideros, ni las antiguas gurapas, ni las antiguas galeras, con las espaldas de los galeotes siempre ofrecidas al látigo del cómitre. Hay que evitar, en esto de las reformas, dos peligros igualmente graves: el de tratar á los penados como si no fuesen hombres, nuestros semejantes, nuestros prójimos, y el de tratarlos como si fuesen hombres á quienes se debe honrar, distraer y complacer ingeniosamente. Herberto Spencer está en lo justo: sus ideas penitenciarias me agradan, por lo precisas y bien definidas, sobre todo en el capítulo que dedica á encarecer y explicar el por qué los penados, dentro de la penitenciaría, deben mantenerse de su trabajo personal, no siendo lícito al Estado sostenerles á expensas del contribuyente.

El problema es de actualidad completa, y han venido á prestársela mayor los sucesos de la Cárcel celular de Madrid. La prensa se ha enzarzado en viva polémica con tal motivo. Hay quien está por las reformas, quien está en contra de las reformas; el antiguo sistema se alza frente al nuevo, representado por Salillas. Me abstendré de terciar en la discusión: creo que en tales negocios no se puede dar dictamen desde afuera. Una cosa es manifestar la impresión que nos producen los libros, las ideas, y otra juzgar los hechos cuando no estamos perfectamente empapados de su desarrollo y antecedentes. Lo que me parece un error es identificar, como he leído en alguna parte, á la escuela antropológica con el pensamiento de doña Concepción Arenal. No hallo en los escritos de la eminente filántropa nada de común con los de Lombroso y Ferri. Hasta se me figura que, en el campo especial de estas ciencias, deben de representar tendencias muy distintas, y no sé si diga antagónicas.

El noble principio del libre arbitrio, de la responsabilidad, tiene en la señora Arenal una elocuente y convencida defensora. No sería ella quien condescendiese á reconocer que se pueden asestar diez ó doce puñaladas ó descargar los cinco tiros de un revólver «sin saber lo que se hace,» «impulsado por algo irresistible,» «á pesar suyo,» «involuntariamente,» «en un momento de ceguedad invencible» y otras pampinas que nos embocan, por no decir claro: «Somos partidarios de que no se imponga á nadie ninguna pena por cosa ninguna,» lo cual, al menos, sería franco, y á la larga ocasionaría el establecimiento, en Europa, de la ley de Lynch, practicada por la supranación de los Estados Unidos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En la velada conmemorativa que estos días ha consagrado la Coruña á la filántropa doña Concepción Arenal de García Carrasco, se ha agitado vivamente la cuestión de si el espíritu de esta señora tenía más de femenino que de masculino, y viceversa. Yo, en aquel momento, me planteaba el mismo problema; después, reflexionando detenidamente, he comprendido que se trata de una puerilidad. Los caracteres morales femeninos y masculinos son imposibles de determinar, y cambiantes y variables según circunstancias que no cabe prever. Es nuestra preocupación anterior la que presume de adivinarlos y definirlos, cuando realmente, si aislamos al individuo de las influencias externas, habremos aislado su verdadero carácter, ni femenino ni masculino, sino humano.

No creo mucho que digamos en la definición posible de la masculinidad moral. Es muy fácil hacerla *a posteriori*: la dificultad, en esto, sería el *apriorismo*. Para aclarar mi idea con un ejemplo, supongamos que, á la vuelta de muchos años, borrado, por un caso rarísimo, el recuerdo de la existencia y de las obras de doña Concepción Arenal, se descubriesen páginas sueltas de estas obras, ó un libro entero, anónimo. A no ser que en él, casualmente, la autora hiciese referencia á su sexo, ¿hay alguien que lo adivinase? Si desglosamos un capítulo del *Visitador del pobre*, por el barón de Gérando, y otro capítulo del *Visitador del pobre*, de doña Concepción Arenal, ¿será capaz el más pintado de decir cuál de ellos ha sido escrito por un varón y cuál por una hembra?

Sabiendo el nombre del autor de un libro, nada más sencillo y nada más lucido que decir que su sexo se refleja en esto, en lo otro, en lo de más allá. Así las supuestas profecías de Nostradamus, trazadas después de los acontecimientos á que se refieren, pudieron revelar extraordinaria perspicacia en el profeta. La crítica que se ejerce sobre lo ya conocido, tiene muchas probabilidades de acertar.

Hay cosas que, si las hiciésemos dos veces, y fuese posible, las haríamos enteramente al revés de como las hicimos la primera. Cuando yo empecé á escribir, recuerdo que me aconsejaron que adoptase un seudónimo masculino. Protesté, porque mi tendencia es siempre á la franqueza, á huir de todo disfraz. Hoy, pensándolo mejor, creo que me hubiese convenido mucho; el único inconveniente sería que jamás se consiguió guardar el secreto de un seudónimo literario, y menos cuando el escritor que lo usa ha obtenido notoriedad. El seudónimo, realmente, es como el antifaz de terciopelo negro: lejos de tapar la cara, la acusa: aviva la curiosidad y hace resaltar ciertos rasgos y facciones. Si en efecto el antifaz del seudónimo encubriese, envolviese á los escritores en bienhechora sombra, en un incógnito protector, no cabe duda: toda mujer que escribe debiera adoptar esa precaución, á fin de dar chasco á los que, adivinando *a posteriori*, reconocen en su estilo el sexo, que es como si lo reconociesen en el modo de jugar al tresillo, de confeccionar un plato de cocina, de trazar un plano ó de regar un arbusto.

Sin gran trabajo recontaríamos escritores varones

LA

¿Habrá a de melanco riódicos, de

Era este lista de los de raza se c mirando co que publica ción, puede —los ojos c las faccione aristocrático pasiones pu no está loc Werther. E un acto de místico que didas, mira tal confusio cero, cuanc cia.—Pero riéndome, s nes y reves piritu, y en la soledad, pundonor, tos de ami y auxilio, i sobre un refinamien todo esto organizaci la resoluci

Otro ar sentido mí se confesó fin á su e: de un ver están cuer infunden tes de lle amarga, ci das en el el hecho c procedimi de piedad debiera er dos; y es á á la hora

Y el m bien arrai como un sado de vi y entonce que instar No sól se me oc vida era f vento. U uno de es nos de ob podrían e ditos; dor rales, varc sación, in sino hasta que ocur